

He aquí algunos cuentos de Gran, no de Grim. Son cuentos de "Gran" sabor, curados con humo y con tiempo. Transmitidos como una "Gran" herencia. La mayoría de ellos lleva implícita su moraleja, saber -"Gran" saber- del pueblo.

Como éstos, imagino que habrá otros muchos que pudieran conocerse y recopilarse.

LA BEATA GREGORIA

Vivía en un pueblo un matrimonio con tres hijos. El trabajaba las tierras y ella iba para la iglesia. Se pasaba largas horas rezando, dejando abandonadas sus labores.

Un día, el marido, ya cansado, habló con el sacristán:

- Mira a ver hombre, si puedes echar a Gregoria de la iglesia. Cuando vengo del trabajo la casa está sola, los hijos desatendidos, los garbanzos están duros como balas ...

- Déjalo de mi cargo -contestó el sacristán- ya pensaré algo.

Decidido a acabar con el asunto, el sacristán avisó a una banda de música y preparó una cesta con flores y luzas alrededor.

Al día siguiente, Gregoria fue para la iglesia y se puso en su sitio a rezar, como siempre.

Así estaba cuando desde lo alto de la bóveda se desprendió una cesta cogiendo de una cuerda. Mientras, una música se oía y una voz celestial cantaba: "Beata, beata, beata Gregoria, métete en el cesto que vas para la gloria".

- ¡Dios mío! ¡qué veo! ¿Me llamará Dios? - pensaba Gregoria.

Continuaba oyéndose: "Beata, beata, beata Gregoria, métete en el cesto que vas para la gloria".

- ¿Qué haré? ¿Me llamará Dios de este mundo para el otro?

La música seguía: "Beata, beata, beata Gregoria ...

Gregoria se levantó y miró la cesta.

Al fin se metió en la cesta.

La cesta empezó a subir lentamente. Cuando le pareció al sacristán cortó la cuerda y ... cesta y Gregoria cayeron al suelo.

Desde lo alto se oyó una voz: "Gregoria, está muy bien ser cristiana y rezar pero, hay que atender a los hijos, prepararle la comida al marido para cuando venga del trabajo y cumplir tus obligaciones.

Desde aquel día meditó y fue una mujer de su casa atendiendo sus deberes sin dejar de ir a misa y al rosario.

SAN PEDRO Y LA CECINA

Erase una vez un pueblo que tenía por patrón a S. Pedro. El cura, que allí vivía con el ama, traía buenas piezas de cecina para casa. El ama le echaba a cocer, luego se la comía. Cuando el cura iba a comer, al no encontrarla, preguntaba al ama dónde estaba la cecina. Ella contestaba que la echaba a cocer pero que alguien se la debía sacar del puchero.

Todos los días ocurría lo mismo.

Un día en la iglesia vio el cura a S. Pedro con un trozo de cecina en las manos.

- ¡ Ah granuja ! ¡ Así que eres tú el que se come la cecina ! ¡ Y yo pnsó sin ella, eh !

Cogió un palo y le dio una buena paliza. S. Pedro quedó hecho pedazos.

Fueron pasando los días. Se acercaba la fiesta del pueblo y el pobre cura se encontraba sin S. Pedro.

- ¿ Y ahora qué hago ?

Pensó en el herrero, que era un buen mozo, y fue a hablar con él. Le preguntó si quería hacer de santo.

El herrero contestó que sí.

El día de la fiesta se colocó en el altar. Lo adornaron con flores.

La gente al entrar en la iglesia comentaba: "Vaya un S. Pedro más guapo que tenemos este año".

Empezó la misa y después el sermón.

- ¡ Hermanos, ahí tenéis a Pedro que abandonó todo y siguió a Cristo!

El sacristán, que había metido unas cuantas avispas en una taquera, las iba soltando. San Pedro las espantaba con las manos.

La gente, mirándose unos a otros, decía: " ¡ Jesús, si se mueve S. Pedro ! "

El sacristán seguía soltando avispas. El cura seguía su sermón: "Si, éste es el apóstol que negó tres veces a Cristo".

Entonces contestó S. Pedro: "Si no me quitáis de aquí, lo niego hasta trescientas mil".

Se tiró del altar y salió corriendo.

La gente escapó detrás muy asustada.

LOS TRES SOLTEROS

Un padre tenía tres hijos, los tres mayores y los tres solteros. Cierta día les dijo que le dejaría la herencia al primero que se casara. Los tres pensaron en la hija del sacristán.

El mayor fue para casa del sacristán y le pidió a su hija por esposa después de contarle las intenciones de su padre.

- Sí, te la doy, pero antes tienes que hacer lo que yo te mando.

- Lo haré.

- Tienes que subir a la torre, hay allí una cadena muy grande, te la atas por la cintura y esperas a que das las doce; bajarás entonces con la cadena a rastras y entras para la iglesia. Allí estaré yo con ella.

- Bueno, lo cumpliré.

Al rato fue el segundo con las mismas intenciones. Después de pedirle la hija al sacristán, éste le contestó:

- Te la daré con una condición...

- Está bien.

- Mira, en la iglesia hay una caja de un muerto, debes meterte en ella, te tapas y esperas. No te muevas ni te levantes aunque sientas ruido. A las doce voy yo con ella y ya te llamaré.

Al poco momento fue el tercero. "Vengo a ver si me das a tu hija por esposa.

- Sí, si antes haces lo que yo te mando. Vete a la iglesia, hay un difunto y tienes que velarlo hasta las doce. A esa hora iré yo para allí con ella.

Marchó para la iglesia. Allí sentóse silencioso al lado de la caja y esperó.

Cuando la campana dio las doce, el mayor, que estaba en la torre, bajó corriendo, arrastrando la cadena y metiendo una trastienda enorme. Entraba ya en la iglesia cuando el de la caja se levantó asustado; él echó a correr por que se había levantado el muerto; el de la cadena la soltó y también salió corriendo.

Se encontraron los tres y se fueron para casa. Allí se prometieron no volver a tener prisa en casarse.

María José Castrillo.

(Con la colaboración de Felisa Martínez.)